

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Carolina Pizarro Cortés
José Santos Herceg
(eds.)

n. 24/2024



KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

ESQUIRLAS CULTURALES DE LOS ESTALLIDOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA (2018-2020)

Nº24 (2024)

Parte I

Presentación. Esquirolas culturales de los estallidos sociales en América Latina.

Carolina Pizarro Cortés y José Santos Herceg 5-6

No-ver corporal, no-ver mediático y no-ver público en las prácticas artivistas del Estallido Social de Chile (2019).

Miguel Alfonso Bouhaben 7-39

Mirar por la herida. El giro fotográfico de la denuncia desde la dictadura militar a la Revuelta Popular en Chile.

Cynthia Pamela Shuffer 41-65

Matar los ojos: intervenciones estéticas y políticas sobre las miradas tullidas tras el estallido social chileno.

Marta Pascua Canelo y Carlos Ayram 67-92

Tránsitos entre el miedo y la ira: feminismo y performance en el estallido social chileno.

Rosemary Bruna Ramírez 93-115

“El baile de los que sobran” (Los Prisioneros, 1986): tres momentos de sus recepciones y escuchas.

Cristóbal Allende Pino 117-132

Poesía revuelta en Chile: aproximaciones a un corpus desapropiado.

Biviana Hernández Ojeda 133-158

Metáforas de la(s) revuelta(s) en la narrativa chilena reciente. Federico Cabrera	159-178
Vistas aéreas, archivo y políticas de producción de verdad. Carla Nicole Ayala Valdés	179-204
De la calle a la web: testimonios de la protesta artística de octubre 2019 y su continuidad en las plataformas digitales. Carolina Pizarro Cortés	205-222

Parte II

Legitimación y deslegitimación de la violencia policial mediante racionalización en Twitter: el caso del paro nacional universitario en Colombia de 2018. Serhat Tutkal	223-255
Pueblo, emergencia popular y democracia: categorías disputadas. Cristóbal Friz	257-273
Movimientos sociales que irrumpen. Egosintonías y socializaciones aceleradas en jóvenes chilenos. Karla Henríquez	275-290
Narrativas de solidaridad durante el Estallido Social en Chile: Testigos comprometidos durante las protestas en las calles. Ximena Faúndez Abarca, Omar Luis Sagredo Mazuela y Fuad Hatibovich Díaz	291-321
Milicias en el octubre chileno. La primera línea de la protesta. José Santos Herceg	323-339
“Que la academia salga a la calle!”: saber académico y espacio público en la revuelta chilena de 2019. Jorge Eduardo Cáceres Riquelme y Nivaldo Acero	341-364
La práctica utópica como dispositivo de articulación y sostén del continuo constitucional chileno. Isabel Serra Serra	365-389

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

“QUE LA ACADEMIA SALGA A LA CALLE!”: SABER ACADÉMICO Y ESPACIO PÚBLICO EN LA REVUELTA CHILENA DE 2019

“Que la academia salga a la calle!”: academic knowledge and public space in the Chilean revolt of 2019

JORGE CÁCERES RIQUELME
Universidad Andrés Bello (Chile)

jorge.caceres@unab.cl

<https://orcid.org/0000-0002-4062-9079>

Recibido: 20 de diciembre de 2023

Aceptado: 9 de julio de 2024

NIBALDO ACERO
Universidad de Playa Ancha (Chile)

nibaldo.caceres@upla.cl

<https://orcid.org/0000-0003-3995-8497>

<https://doi.org/10.7203/KAM.24.28031>

N. 24 (2024): 341-364. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: ¿Cómo generar una articulación entre academia y sociedad, la que además sea capaz de confrontar el auge de los discursos neofascistas? Esta es la pregunta que aborda y desarrolla el siguiente artículo, el cual tienta una respuesta desde lo público y, más concretamente, desde el espacio público. Se propone como hipótesis de trabajo que la articulación entre academia y sociedad puede desarrollarse y/o fortalecerse en la medida en que el saber académico ocupe y utilice el espacio público, pero adecuándose (o sensibilizándose) a las características propias de este espacio. Se argumenta que la ocupación del espacio público debe regirse por un antagonismo democrático y por un ejercicio de traducción del saber académico, de modo de ajustarse a la heterogeneidad que constituye a lo público. Para desarrollar nuestra propuesta, se analizan algunas manifestaciones artísticas y literarias producidas en el contexto del estallido social chileno de octubre de 2019, las que, desde nuestra perspectiva, ejemplifican con suficiencia la articulación entre academia y sociedad en los sentidos que señalamos.

PALABRAS CLAVE: Academia, espacio público, estallido social, literatura.

ABSTRACT: How to generate a significant and reciprocal articulation between academia and society, which is also capable of confronting the rise of neo-fascist discourses? This is the question that the following article addresses and develops, which attempts an answer from the public and, more specifically, from the public space. Our proposal is that the articulation between academia and society can be developed and/or strengthened (or sensitized) to the extent that academic knowledge occupies and uses public space, but adapting to the characteristics of this space. It is argued that the occupation of public space must be governed by a democratic antagonism and by an exercise of translation of academic knowledge adjusted to the heterogeneity that constitutes the public. To develop our proposal, we analyze some artistic and literary manifestations produced in the context of the Chilean social outbreak of October 2019, which, from our perspective, sufficiently exemplify the articulation between academia and society in the senses that we indicate.

KEYWORDS: Academia, public space, social outbreak, literature.

INTRODUCCIÓN

Sobre la literatura del estallido social se han desarrollado y publicado diversos estudios para analizar, en términos estéticos y sociales, la producción artística pro revuelta. En efecto, estas investigaciones han tenido como objeto de estudio las prolíficas y multifacéticas manifestaciones artísticas y literarias surgidas en pleno auge social, las que encontraron nuevos formatos y plataformas para divulgar un mensaje rebelde, de resistencia (Espinosa, 2020; Ramón, 2020; Olea, 2020; Acero y Cáceres, 2022). El presente texto busca sumarse a este corpus crítico a partir de la experiencia del trabajo recopilatorio desarrollado en el proyecto digital *Archivuelta*, particularmente respecto de una paradoja o disonancia que se advirtió durante el desarrollo del proyecto y que hoy se puede interpretar como una esquirla del estallido en un doble sentido: en tanto astilla o fragmento que da cuenta de un acontecimiento pasado, incluso clausurado, pero también como un residuo que pone en evidencia un problema y un desafío que exceden el marco temporal de la revuelta, hacia atrás y hacia adelante. Para explicar esta paradoja que indicamos nos referiremos primeramente al proyecto *Archivuelta* y luego señalaremos el problema principal que, a nuestro parecer, se deriva de esta situación y la hipótesis que proponemos para atenderlo.

Archivuelta, una contracción de las palabras ‘archivo’ y ‘revuelta’, que pretenciosamente se declaraba como un “archivo literario de la revuelta”, nació de la inquietud por aportar a la revuelta popular de 2019 desde la propia área de quehacer profesional (la academia humanista, y literaria en particular). A partir de diversas expresiones que comenzaban a aparecer y circular (rayados, carteles, estenciles, memes, etc.), surgió la idea de recopilar diferentes manifestaciones que tuviesen que ver con literatura. Para entonces (noviembre de 2019), varios proyectos archivísticos estaban registrando lo que se hacía y se decía en el contexto de las movilizaciones populares. La mayoría de ellos registraba todo lo que podía, dada la urgencia del momento, mientras que otros se “especializaron” en ciertas expresiones¹. Si bien en muchos de los registros realizados se podían reconocer referencias literarias, no había ningún proyecto dedicado exclusivamente a la literatura, por lo que se aprovechó este “vacío” para comenzar a capturar evidencia de estas manifestaciones literarias pro estallido. Para ello fue creada una cuenta en distintas redes sociales, donde el procedimiento consistía en publicar registros fotográficos tomados directamente de las calles o repostear registros de otros proyectos (con el debido reconocimiento).

¹ Por ejemplo, el sitio matapacos.cl que recopiló ilustraciones del perro Matapacos (y que ya no está disponible en línea).

Inicialmente, la intención era ensayar algunas ideas a partir de cada registro tomado o repostado, sin embargo, esta tarea muy pronto se volvió impracticable por la enorme cantidad de material que iba apareciendo (lo que, en su momento, no dejaba de ser llamativo). Afortunadamente, una generosa invitación a difundir este proyecto nos obligó a proponer una organización para un material que hasta ese momento solo era una suma de registros creados/instalados, en su mayoría, en pleno espacio público. Gracias a esta labor, advertimos cuestiones fascinantes en términos intermediales y, por cierto, estéticos: la diversidad de formatos en que circuló la literatura (ilustración, meme, mural, rayado, cartel, estencil, lienzo, mosaico, arte lumínico, etc.); los diferentes periodos históricos y espacios geoculturales aludidos (vanguardias europeas, literatura medieval, literatura colonial, etc.); las numerosas referencias bíblicas (a Jesús, a Judas, al infierno, al diablo, etc.); las también numerosas referencias poéticas, en especial de Gabriela Mistral y Pedro Lemebel (sobre todo “Manifiesto. Hablo por mi diferencia”), pero también del “Poema XV” de Neruda; del “Te quiero” de Mario Benedetti, la alusión a Vladimir Mayakovsky, los ecopoemas de Nicanor Parra, *La bandera de Chile* de Elvira Hernández, Alejandra Pizarnik, Stella Díaz Varín, Pepe Cuevas, la lira popular, poemas de creación anónima, etc. La presencia no menor de personajes de literatura infantil y juvenil: el Principito, Papelucho, Perico, Pinocho, etc.; la literatura fantástica y de ciencia ficción, cruzada con sus adaptaciones televisivas o cinematográficas: *El señor de los anillos*, 1984, *Juego de tronos*, etc.; el cómic o historieta: *Condorito*, *Ogú y Mampato*, *Mafalda*, *La pequeña Lulú*, *Superman*, *Batman*, y muchos de creación original; la gran cantidad de referencias a manga y anime: *Supercampeones*, *Naruto*, *One Piece*, *Dragon Ball*, *Sailor Moon*, *Pokemon*, *Los caballeros del zodiaco*, entre muchos otros.

El inventario realizado permitió advertir algo más, y que es lo que principalmente interesa subrayar acá: que la gran mayoría de expresiones literarias recopiladas correspondían a textos de creación contingente (firmados y anónimos) y a citas o reelaboraciones de textos que podríamos catalogar de clásicos o canónicos, muchos de ellos provenientes de la cultura escolar, popular o de lo que llamamos cultura general. Muy pocas referencias pertenecían a un saber más especializado. Esto resultaba llamativo por sí mismo, pero sobre todo en relación con una serie de artículos y entrevistas que aparecieron durante el mes de noviembre de 2019, en los que se repetía la pregunta por los libros o autores/as que habrían anunciado la movilización social. Las respuestas de sus autores (críticos y escritores) incluyeron desde el cuento “El padre” (1924) de Olegario Lazo hasta varios nombres recientes o medianamente recientes, como Nona Fernández, Alejandra Costamagna, Alia Trabucco, Álvaro Bisama, Nivaldo Acero, etc., pasando por Nicomedes Guzmán, Manuel Rojas, Diamela Eltit y Elvira Hernández, entre otros (Acero, 2019; Hidalgo, 2019; Amaro, 2019; Ibáñez, 2019; Gumucio, 2019). Lo que se podía desprender de acá

es que había mucha literatura fluyendo en la revuelta, pero no siempre confluyendo. Lo que decían críticos y escritores se correspondía poco con lo que se decía en las calles y en las redes, evidenciando una distancia entre la literatura que habría anunciado la revuelta y la literatura que efectivamente se estaba enunciando en la revuelta.

Esta brecha entre anunciación y enunciación fue disminuyendo con el paso de las semanas, pero su constatación revela una situación que nos parece muy importante y contingente de atender, y que tiene que ver con estas diferencias de lecturas, especialmente entre la academia (literaria) y la calle. Claramente, lo que lee la academia no es lo mismo que lee la calle. No es que como académicos no nos hayamos dado cuenta de esta situación antes (bastaba ver el mercado del libro pirata), pero la revuelta la puso en evidencia una vez más. Entonces, en términos de la conexión entre literatura, política y sociedad, y sobre todo en los términos de una postura crítica al neoliberalismo, nos resulta importante atender esta situación, porque la brecha lectora se vuelve un problema. No se trata solo de una diferencia de lecturas, sino de una desconexión entre la academia y la calle, y de un escaso impacto de la academia fuera de la academia.

Como es fácil de suponer, la propuesta que queremos intentar va por el lado de explorar sobre la brecha señalada y meditar cómo se ha reconectado la academia con la calle, en un sentido antineoliberal, durante el proceso del estallido. Ahora bien, existen dos posturas ante esta situación lectora que es necesario descartar de plano, porque ambas son posturas reaccionarias: i) la postura “iluminista”, que supone que las personas son tontas o ignorantes, que no están al tanto del devenir político o cultural, y que, por lo tanto, es menester iluminarlas, para luego guiar su proceso de *culturización*; y ii) la postura plenamente neoliberal, que supone que lo que deberíamos enseñar (en la escuela o en la universidad) es una literatura vinculada con lo que gente efectivamente compra y (a veces) lee, sometiéndonos al gusto de la ley de oferta y demanda, al consumo de moda. En realidad, creemos que hay que plantear el problema en un sentido mucho más complejo, porque la interpelación que hizo la revuelta popular es otra, o por lo menos hay que comprenderla en un sentido muy diferente.

A fines de 2019 apareció un rayado en la fachada de la biblioteca Santiago Severín de Valparaíso, que quizás es la mejor síntesis de lo que intentamos plantear: “Que la academia salga a la calle!”. Suponemos que el sentido primario de este rayado era que las y los académicos saliéramos físicamente a las calles a protestar, pero en este caso es posible interpretar el rayado en función del problema que venimos exponiendo. ¿Cómo hacer para que lo que producimos (leemos y escribimos) en la academia salga a la calle? ¿Cómo hacer para que la literatura que enseñamos e investigamos tenga resonancia en la sociedad, por menor que sea este impacto? ¿Cómo generar interés

por lo que reflexionamos y teorizamos, sobre todo si pensamos que estamos haciendo un aporte? ¿Cómo contribuir a la construcción de un discurso social que defienda la vida, los derechos humanos, la libertad y la igualdad frente a los neofascismos actuales?

Hace décadas que, con Foucault, venimos diciendo que el poder no se tiene sino que se ejerce, pero el sentido común dicta otra cosa. Recordamos igualmente una conferencia de Stuart Hall de 1994 (“Raza: el significante resbaladizo”), en la que de entrada expone una (auto)crítica: “En mi experiencia, la idea de que la raza se construye desde el discurso no ha resultado demasiado eficaz a la hora de alterar y apartar los supuestos del sentido común, esto es: las formas de hablar, dar sentido o calcular que tiene el gran mundo, desordenado y «sucio», de la vida real fuera de la academia” (Hall, 2019: 46). Las personas comunes y corrientes siguen (seguimos) pensando que el poder se tiene, y, a pesar de todos los esfuerzos, el racismo actual sigue siendo alimentado por cuestiones biológicas y fenotípicas. Algo similar ocurre con el clasismo, el patriarcado y la violencia de género, ya que las investigaciones y los discursos, por más nobles y críticos que sean, muchas veces no logran impactar ni educar ni conmover. ¿Y quién es el responsable? ¿Las personas que, en su supuesta ignorancia o desidia, no leen lo que escribimos? ¿O es que de plano nuestro lenguaje es (deliberadamente) restrictivo, entre otras variables?

Ya hemos visto el poder que siguen ejerciendo (¿o teniendo?) los grandes medios comunicacionales, y sabemos que hoy en día un meme o un video de tik-tok tienen mucho más impacto que la mayoría de los paper que publicamos como académicos, y no importa si en ese meme o en ese video se exponen verdades o mentiras. ¿Tenemos que dedicarnos, entonces, a hacer memes o videos de tik-tok? ¿Debemos ponernos a crear a la vez que investigamos o hacemos docencia en la universidad? Es posible. Por lo pronto, nuestro interés no es más que aportar a la construcción de un discurso (antineofascista e igualitario) que sea capaz de disputar el sentido común, para lo cual resulta de gran relevancia lo que decíamos antes: reconectar a la academia con la calle, socializar lo que hacemos y decimos. En otras palabras, construir un poder mediático. Claro que esto puede sonar ingenuo o utópico, pero no por eso deja de ser urgente.

La cuestión es cómo generar un vínculo significativo desde la academia con la calle, propiciando también una reciprocidad. Nos parece que una de las claves pasa por lo público y, más concretamente, por el espacio público: la ocupación del espacio público o la salida al espacio público. Es decir, la circulación de los conocimientos, los textos, las palabras de las humanidades por el espacio público. Obviamente esto supone desafíos y complejidades, puesto que implica circular por canales menos, poco o definitivamente nada académicos, y exige adecuarse a los códigos o registros del espacio público. Sin embargo, no se trata de algo nuevo, y mucho menos de algo

imposible de hacer; de hecho, son diversos los ejemplos que dejan en evidencia que la brecha entre academia y la calle no es insalvable (que serán los casos que aquí exploraremos). Es acá donde volvemos al estallido, porque este fue un acontecimiento que demostró la importancia y el impacto de las expresiones en el espacio público, las que fueron capaces de afianzar un discurso de dignidad y también de generar articulaciones colectivas².

Definiendo todavía más nuestro objetivo, este estudio, más que observar cómo el estallido entrega suficientes materiales para activar el vínculo entre la academia y la calle, desea explorar cómo se traduce el lenguaje académico a un lenguaje popular, y cómo la calle es capaz de integrarlo a su repertorio discursivo, amplificando política y creativamente su mensaje. Por cierto, no son demasiados los ejemplos que podemos brindar, pero sí hemos reconocido este fenómeno, por ejemplo, en las acciones performáticas de LasTesis, las cuales deseamos relevar y profundizar, entre otros fenómenos, por medio de un análisis que integre a la crítica diversos elementos de la urbe.

BREVE PASEO POR LA CIUDAD REVUELTA

A modo de priorización bibliográfica, revisaremos solo algunas investigaciones que han tenido como objeto de estudio las revueltas sociales y su impacto en la ciudad, en términos estéticos y comunitarios, y que sustentarán esta reflexión. Remarcamos este alcance, porque es generosa la producción ensayística y de corte científico que ha puesto sus ojos en los fenómenos causales y de los impactos que tuvo, por ejemplo, la revuelta social chilena, pero dada las características de un formato como este, nos enfocaremos apenas en cinco discusiones que han tenido como eje los elementos centrales que problematizaremos.

Partimos esta priorización con el estudio de Márquez, Roca y Bustamante, quienes señalan: “En la revuelta de las materialidades del centro histórico, en su destrucción creativa y transformadora, como demostraremos, despuntan narrativas, testimonios y deseos otros de raigambre popular, indígena, queer y juvenil, negadas por los

² En términos de antecedentes, y solo por mencionar algunos casos, destacamos el trabajo de “extensión crítica” desarrollado por Humerto Tommasino, que articula las problemáticas populares con la docencia y la investigación universitarias, y también la labor de Norma Michi, quien ha desarrollado largas reflexiones y prácticas en lo que respecta a la educación en el contexto de los movimientos sociales. Si bien todas estas propuestas se relacionan con el problema que acá se plantea, y por cierto que podrían enriquecerlo, pensamos que apuntan a un trabajo de más largo plazo y vinculado fundamentalmente al ámbito formativo a nivel popular, mientras que acá, por lo pronto, estamos abordando un asunto más bien divulgativo, o mediático si quiere. De todos modos, reconocemos que la vinculación con los sectores populares o con movimientos sociales es una tarea pendiente que se desprende de lo anterior, y que podría sentar las bases para resultados más exitosos de lo que aquí se demanda. Agradecemos los comentarios del(la) primer(a) evaluador(a) del artículo, quien nos hizo ver la necesidad de considerar los trabajos de Tommasino, Michi y varios autores más en esta línea.

discursos nacionales” (2023: 2). En otras palabras, la sacudida social lo que también logra es revitalizar aquellos discursos abyectos, posibilitando su visualización ante la renuencia y ferocidad de la tradición. También podría decirse que la sacudida social, en otras palabras, suscita la pluralidad por la rearticulación de lo cultural, de lo sensible y de lo afectivo, por la posibilidad de desafiar el control y la vigilancia. Esto es señalado por un nuevo estudio, también de Francisca Márquez, en coautoría con Marcelo Colimil, Daniela Jara, Víctor Landeros y Catalina Lycan Martínez, según quienes “[e]n estas prácticas políticas, existenciales y lingüísticas, el espacio de lo público es marcado por los manifestantes rompiendo así con el ideario de una ciudad aséptica y ordenada, para posibilitar que la que ciudad hable a varias voces” (2020: 142). Los muros comienzan a gritar, cada lucha encuentra su sitio sin competir por el espacio, pareciera que existe la conciencia de que hay ciudad suficiente para cada ideario, para cada causa. De hecho, estas superposiciones, a modo de palimpsesto, muchas veces parecieran articular una sola indignación y rabia, incluso cuando estén tejidas por esas varias voces que mencionamos. Los muros se van transformando, radical y persistentemente, en un repositorio enorme, en un archivo abierto que, en el caso de *Archivuelta*, se digitaliza y permite una memoria, ante el pintado gris posterior que se institucionalizó en gran parte de las ciudades chilenas.

En *Paisajes Insurrectos: Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio* (2017), Rossana Reguillo, reflexiona sobre las y los artistas, o quienes poseen un grado de sensibilidad gráfica y otros que no, por supuesto, que se hacen actores desformatadores del guion enorme del poder. Quienes suscriben los muros se hacen protagonistas que ocupan la ciudad. En términos deleuzianos, ensamblan maquínicamente su cuerpo-voz, performance y rayados con la calle, no son meros transeúntes o turistas de una ciudad históricamente ajena, sino que son los creadores de una ciudad nueva, apenas derribada la antigua. En la misma línea, en el artículo “Repertorios anticoloniales en Plaza Dignidad: desmonumentalización y resignificación del espacio urbano en la Revuelta. Santiago de Chile, 2019”, Quezada Vásquez y Alvarado Lincopi vuelven a la figura del guion del poder y de la tradición, el cual es desformateado, desacralizado, haciendo, por ejemplo, de los monumentos objetos a violentar para reescribir una (contra)narrativa:

Baquedano un día era un barrista, al siguiente era mapuche, otro día era una centauro feminista, la mayoría de las veces simplemente una suerte de ekeko desacralizado. La monumentalidad cosificada del guion patrio, transformada en documento del archivo urbano de la nación, mediante una serie continua de repertorio mestizos, en el sentido de mixtura y heterogeneidad, se desvaneció, dejó de ser escultura sacra, y devino en lienzo, claro, no por ello neutral a modo de tabula rasa, sino que un lienzo cargado de politicidad, el perfecto muro del poder que el rayado iconoclasta siempre soñó intervenir (2020: 10).

La patria, el poder instituido, han operado hasta ahora como aquel “guion” constituyente, aquel relato nacional(ista), de una narrativa vigilante y opresora; uniformada hasta los rincones de una metrópoli *en vías de desarrollo*. Volviendo a Márquez, Roca y Bustamante, la narrativa que surge *raya* ese guion y se torna contranarrativa respecto de la “narrativa-monumental-patria”. Quienes acudimos a las manifestaciones durante aquel período, reformulamos la ciudad en términos de espacio político, por un espacio social-afectivo, re-significando (volcando los signos) que orientaban al transeúnte, “como un testimonio de acción colectiva estas huellas dan claves de una memoria en tanto registro de un proyecto social y político en el sentido de una pérgolis que configura el espacio en lugar de acontecimiento narrado” (Márquez, Roca y Bustamante, 2023: 24). El espacio público transforma su textura organizativa, en términos de ‘señalética’, cartografiando la nueva ciudad, una ciudad en ruinas pero nueva, “donde el poder del monumento rayado, fisurado y quebrado pareciera residir en esa capacidad de contener y enredar tiempos e historias heterogéneas” (2023: 24). Los muros se digitalizan, en su acepción democratizante:

Se opera así un registro que deviene texto discursivo, donde cada palabra rayada, cada mensaje inscripto en la piedra y cemento, teje y fija -aunque de manera efímera- un discurso que contradice las narrativas estatales. Así, en este gran espacio público, para unos inservible, impuro y destrozado, emergen movimientos que esperan ser reconocidos y escuchados; movilizaciones que se constituyen a través de prácticas que buscan movilizar a otras personas; en definitiva, revueltas que expresan, narran y testifican un conflicto en tanto insurrección que se subleva contra todo poder instituido (2023: 24).

La ruina de la ciudad le otorga una belleza en sus paisajes que en sí mismos no tenían belleza, no haciéndolos románticamente pintorescos, sino sacando a la luz la disidencia, la rabia, la humanidad oculta en ellos, como señala Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (2011: 131). De este modo, se revela el sino trágico de la ciudad moderna, del sujeto moderno que edifica un espacio, pero que para hacerlo genuinamente público debe esposarse con él, tensarlo hasta la ruina de sus estructuras más inflexibles, sobre todo si su voz es considerada abyecta o prescindible para el desarrollo de la propia ciudad.

La incontenibilidad de un fenómeno social como el estallido chileno no solo hace de lugares emblemáticos, como Plaza Dignidad, un espacio público en disputa: cada muro y esquina pasa a ser parte de un territorio a recuperar, a sabiendas que históricamente el espacio público no ha sido *público* propiamente tal, por lo que recuperar más bien sería una enunciación de resistencia consciente de que “[l]a conquista de derechos sociales se ha fraguado en las ciudades a costo de sangre y muerte; es que, a contrapelo del ideal burgués, el espacio público no es tan público

ni igualitario, como nos recuerda Preciado (2020)” (Márquez, Roca y Bustamante, 2023: 7). La ruina, la desmonumentalización, son parte del proceso de apropiación del espacio público, donde el escombros, la barricada y la incertidumbre, la imprevisibilidad de la modernidad, más que hablar de una ambigüedad traduce una actitud que considera relevante la libertad de movimiento o acción de sujetos y objetos, dentro de un espacio físico, simbólico y cultural. El sujeto que habita y reformula la ciudad opera como el ángel benjaminiano de la Historia, que deja de ser el espectador de los desastres de la modernidad y que ahora funciona como el desarticulador-creador que sale de la trinchera en ruinas, para construir, dentro del espacio público, una nueva comunidad.

A sabiendas de lo mezquino de este escrutinio, respecto de las investigaciones que han tenido a las revueltas sociales, a las batallas batidas en la ciudad, como objeto de estudio, damos paso a la teorización de nuestra propuesta, la que sostendrá los análisis posteriores.

LOS ESPACIOS DEL ESPACIO PÚBLICO

Referirse al estallido social o a la revuelta popular de 2019-2020 implica necesariamente la consideración de la ciudad y el espacio público. Como señala Furio Jesi, “sólo a la hora de la revuelta la ciudad se siente verdaderamente como la propia ciudad: propia, por ser del yo y al mismo tiempo de los “otros”; propia, por ser el campo de una batalla elegida y que la comunidad ha elegido” (2014: 72). La ciudad es el lugar de la revuelta, y lo es porque la apropiación colectiva del espacio urbano materializa la revuelta misma. La revuelta, entonces, implica la ciudad, y la ciudad, a su vez, implica el espacio público, porque, como sostiene Jordi Borja: “Sin espacio público el asentamiento humano masivo no es ciudad, no hay ciudadanía, entendido por una sociedad de individuos libres e iguales, todos con los mismos derechos y deberes. El ciudadano no nace, se hace ejerciendo como tal en el espacio público” (5). De manera que, si la construcción de la ciudad misma depende de la ocupación del espacio público, la revuelta con mayor razón pasa por aquí, debido a su condición subversiva del orden de las cosas y su anhelo por construir una nueva comunidad, que es asimismo el anhelo de una nueva ciudad, de un nuevo espacio público. La revuelta es también un ejercicio de la ciudadanía.

Pues bien, si la ciudad y la ciudadanía se constituyen a partir de la participación en el espacio público, se sigue de aquí que el espacio público no es algo simplemente dado. Efectivamente, para que un espacio se constituya como público debe ser ocupado como tal, es decir, debe ser ocupado por la población, por la sociedad. Don Mitchell -a partir de la distinción de Henri Lefebvre entre representaciones del espacio (el espacio planeado, controlado, dominante, lo que Lefebvre también

denomina como “espacio concebido”) y espacios de representación (el espacio apropiado, usado, también llamado “espacio vivido”)- señala que el espacio público a menudo se origina como una representación del espacio (una plaza o un parque, por ejemplo), pero su carácter público propiamente tal depende del uso que la gente haga de él, esto es, de que se viva como un espacio público: “Así pues, el espacio público se produce socialmente a través de su uso como espacio público” (2003: 129) (traducción nuestra).

Esto no significa, en cualquier caso, que el espacio público se reduzca a la condición de espacio vivido. Muy por el contrario, el espacio público surge de la tensión entre lo concebido y lo vivido, entre el control y la apropiación, lo que se corresponde con el “espacio intermedio” de que habla Rossana Reguillo, es decir, el proceso abierto por un acontecimiento que pone en conflicto un orden anterior y una nueva realidad (Reguillo, 2017: 69). A partir de esta tensión suscitada por el “espacio intermedio”, el espacio público adquiere una tercera cualidad según Mitchell: la de ser un espacio para la representación. De esta forma, el espacio público funciona como el espacio que permite a los movimientos políticos y a los grupos sociales ser vistos y oídos por el resto de la sociedad, o sea, les permite volverse públicos. El proceso es dialéctico, en definitiva: el uso colectivo de un espacio dota a este espacio de un carácter público, lo que tensiona la planificación del espacio concebido; y, a la vez, tal uso puede hacer que ese colectivo se constituya como grupo público, es decir, como un grupo social visible y audible para los demás.

Este dialectismo se aviene muy bien con la división tripartita que propone David Harvey para el espacio en general. A saber, la distinción entre espacio absoluto, espacio relativo y espacio relacional. Para Harvey, el espacio absoluto es fijo y funciona como “una rejilla preexistente e inamovible susceptible de medición estandarizada y abierta al cálculo” (2021: 143). En términos concretos, es “el espacio de la propiedad privada y otras designaciones territoriales limitadas (tales como Estados, unidades administrativas, planos de ciudades y redes urbanas)” (2021: 144). Por su parte, el espacio relativo lo es en un doble sentido: “en el de que existen múltiples geometrías a elegir y de que el marco espacial depende de manera crucial de qué es lo que se relativiza y por quién” (2021: 144). En ese sentido, el espacio es relativo porque depende de la posición ocupada respecto de cierto punto o referente. Finalmente, el espacio relacional se caracteriza por el hecho de que tanto el tiempo como el espacio solamente existen dentro de los procesos que los definen: “Los procesos no ocurren en el espacio sino que definen su propio marco espacial. El concepto de espacio está inserto en el proceso, como algo interno” (2021: 146). De esta forma, el espacio relacional se distingue del relativo en cuanto no depende meramente de una cuestión posicional, sino que de una diversidad de factores: “Una amplia variedad de influencias dispares, que se arremolinan en torno al espacio en el

pasado, presente y futuro, se concentran y congelan en cierto punto (por ejemplo, dentro de una sala de conferencias) para definir la naturaleza de ese punto” (2021: 146-47). Harvey advierte que, tras el giro cultural y posmoderno, ha habido una tendencia al interior de la academia por privilegiar el espacio relacional (y también el espacio vivido de Lefebvre) en desmedro del absoluto y el relativo. Sin embargo, Harvey entiende que los tres espacios nunca operan de forma separada y que, de hecho, es la permanente tensión entre ellos la que “nos permite comprender mejor cómo los significados relacionales (como el valor) se interiorizan en cosas, acontecimientos y prácticas materiales (como los procesos laborales concretos) construidos en el espacio y tiempo absolutos” (2021: 173). Esta interacción se evidencia con claridad en un ejemplo dado por Reguillo respecto a la ocupación del espacio público de la plaza por parte de las insurrecciones contemporáneas:

Sí, las plazas, los lugares emblemáticos son los mismos, los que acumulan, por ejemplo, fechas en el calendario patriótico, pero la ocupación transmuta el signo y revitaliza los lugares a través de la prácticas irruptivas que convierten “la plaza” en lugar de encuentro y conversación colectiva, de baile y celebración por la alegría que trae descubrirnos en otras y otros, en cajas de resonancia que, además de amplificar el malestar, potencian la posibilidad de otro mundo (2017: 75).

La plaza es un espacio absoluto en la medida en que es un espacio fijo, está delimitada por aceras o calles circundantes, y también porque remite no solo a fechas patrióticas, sino también porque muchas veces aloja en su interior símbolos patrióticos (estatuas, bustos, memoriales, etc.). No obstante, es ese mismo espacio el que es utilizado por la gente para materializar la sublevación, lo que revela el carácter relativo de la plaza según cómo sea usado: puede ser un lugar de juego, de esparcimiento, de descanso o de control incluso, pero también un lugar de expresión del malestar social y de organización política. Además, la apropiación de los mismos insumos del espacio absoluto de la plaza (esculturas, asientos, juegos, paseos, etc.) la convierte en un espacio relacional, ya que sobre ellos se imprime esa “amplia variedad de influencias dispares” mencionadas por Harvey, las que, si bien en su conjunto nutren la insurrección popular, también ponen en escena diferentes experiencias, diferentes malestares o diferentes demandas. He ahí el palimpsesto o lugar público (no militar) en que se convirtió la estatua del general Manuel Baquedano durante el estallido social chileno.

Podría decirse, entonces, que el espacio público se configura como un complejo de espacios. No como una simple suma de ellos, sino, muy por el contrario, como una construcción que es producto de la tensión entre distintas maneras de experimentarlo, concebirlo y vivirlo, para retomar las categorías de Lefebvre. Por un lado, el Estado y los grupos de poder usan el espacio público para reproducir su

hegemonía, tejiendo un relato favorable a sus intereses políticos, económicos, nacionales, religiosos, etc. De ahí la paradoja de que el espacio público no resulte tan público después de todo, pues siempre hay grupos que quedan excluidos o invisibles a la mirada colectiva. Por otro lado, el espacio público siempre puede ser apropiado y usado de manera alternativa o contrapuesta al diseño hegemónico, lo que es tanto un desvío respecto del ordenamiento concebido como una reconstrucción o resignificación del espacio público mismo. En definitiva, como explica Judith Butler, la colectividad es performativa en la medida en que da lugar a lo público mediante su acción conjunta: “[...] los cuerpos en su pluralidad reclaman lo público, encuentran y producen lo que es público a través del apropiamiento y la reconfiguración de los entornos materiales...” (2019: 76). Asimismo, podríamos decir que el espacio público se construye en la tensión entre archivo y anarchivo, según lo ha explicado Andrés Maximiliano Tello: si el archivo, particularmente el neoliberal, se funda en la competencia como principio original de la sociedad y en un ordenamiento jurídico-policial que mandata y organiza la reproducción de este orden en todos los niveles (legal, político, social, económico, cultural), además de un sistema mediático e informacional que propende al control poblacional y al consenso socio-político, el anarchivo o las “máquinas anarquistas” generan nuevas formas de registro, visibilidad y enunciación que perturban el orden social y político vigente, particularmente en contextos de revuelta o resistencia, y permiten la emergencia de nuevos modos de subjetivación y auto-gobierno que están libres de las imposiciones jerárquicas del archivo convencional (Tello, 2019: 80-88).

CÓMO OCUPAR EL ESPACIO PÚBLICO

Como queda señalado, el espacio público es una construcción producto de una apropiación colectiva del espacio. Ahora, cuando aplicamos esta idea a la demanda de “que la academia salga a la calle”, esta no necesariamente debe interpretarse en el sentido de que académicos y académicas salgamos en masa a copar plazas, avenidas, parques, etc. Es una posible lectura, por supuesto, sin embargo, lo más importante es la capacidad de los discursos académicos para convocar o interpelar a otros y otras, y que, por ende, la colectividad que haría uso del espacio público no esté conformada únicamente por académicos y académicas, sino que por esa pluralidad de la que habla Butler. La pregunta es cómo generar esta articulación entre academia y calle, orientando siempre esta articulación en un sentido democrático.

Volvemos acá a un ensayo de Claire Bishop titulado “Antagonismo y estética relacional”, que nos puede dar luces sobre el problema que estamos planteando. En su ensayo, Bishop formula una crítica a la estética relacional de Nicolas Bourriaud en cuanto éste asume que las relaciones que produce una obra artística serían

democráticas por el solo hecho de permitir un vínculo o un diálogo con el público espectador. Frente a esto, Bishop se pregunta cuál es el significado de democracia en este contexto y qué tipo de relaciones son las que se generan, para quién y por qué. Para responder a estas interrogantes, la autora vuelve al concepto de antagonismo formulado por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que indica que el conflicto es constitutivo de la democracia en tanto posibilita la conformación de la totalidad social pero al mismo tiempo imposibilita su cierre definitivo en una identidad homogénea y estática. Ello le permite sostener que las relaciones propuestas por la estética relacional no son “intrínsecamente democráticas, puesto que descansan con demasiada comodidad en los ideales de la subjetividad como un todo y de la comunidad como un inmanente ‘estar juntos’” (2004: en línea). En otras palabras, una obra puede suscitar diálogo, pero nada asegura que ese diálogo tenga una orientación democrática; de hecho, según los ejemplos dados por Bishop, los diálogos pueden tratar sobre cualquier cosa, incluso en ocasiones sin ninguna relación con la obra misma. En rigor, para que las relaciones producidas por la obra artística sean efectivamente democráticas, ésta debe “promover inquietud e incomodidad antes que pertenencia” y mantener “una tensión entre los espectadores, los participantes y el contexto” (2004: en línea).

Llevando la propuesta de Bishop al problema de la articulación entre calle y academia, entre el saber académico y la sociedad, nos parece que la clave pasa por la orientación y la materialización de tal vínculo. Haciendo un símil con los ejemplos criticados por Bishop, para generar una (re)conexión entre academia y sociedad no bastaría simplemente con salir al espacio público. Si llenáramos los muros con citas de los mismos autores que hemos mencionado en este artículo, si repartiéramos panfletos con sus ideas más radicales, o si nos pusiéramos en las esquinas más transitadas de la ciudad a hablar sobre esos autores tal como lo hacemos en congresos o seminarios, nada de eso garantizaría que logremos captar la atención o el interés de los transeúntes en el sentido que queremos, o que logremos lo que sea que pretendamos. Es posible que se generen reacciones, pero estas podrían ir en cualquier dirección. Para conseguir los efectos buscados, la salida del saber académico al espacio público debería estar orientada antagónicamente. Es decir, debería tender a promover inquietud, incomodidad y tensión, pero siempre en un sentido democrático. Esto es importante de remarcar, pues los mismos Laclau y Mouffe insisten en diferentes trabajos que el antagonismo es uno de los elementos fundamentales del populismo, pero que el populismo puede ser tanto de izquierda como de derecha, democrático o neofascista (la “casta” de Milei es el ejemplo más reciente de que no cualquier antagonismo es necesariamente democrático).

El antagonismo democrático es un primer asunto que atender, entonces, pero tampoco parece ser suficiente con eso. Podemos exponer antagonismos o generar

polémicas en un lenguaje perfectamente académico, no obstante, es posible que ello genere rechazo o, definitivamente, incompreensión. Raymond Williams señalaba en *Marxismo y literatura* que una obra literaria siempre debía incorporar ciertas convenciones que fuesen reconocibles por los lectores, ya que de otro modo corría el riesgo de ser ilegible o incomprendida por su excesiva novedad. Siguiendo este planteamiento, nos parece que el discurso académico, si quiere ser efectivo en el ámbito público, debe adoptar algunas convenciones de ese espacio, o sea, debe atender a la pluralidad de cuerpos que constituyen el espacio público y adecuar su discurso a esta heterogeneidad. Así, podría decirse que lo que corresponde es realizar un ejercicio de traducción, para lo cual nos resulta pertinente retomar la tipología de Roman Jakobson, quien distingue tres tipos de traducción:

1. La traducción intralingüística o reformulación [*re-wording*] es una interpretación de los signos verbales mediante otros signos de la misma lengua.
2. La traducción interlingüística o traducción propiamente dicha [*translation proper*] es una interpretación de los signos verbales mediante cualquier otra lengua.
3. La traducción intersemiótica o transmutación [*transmutation*] es una interpretación de los signos verbales mediante los signos de un sistema no verbal. (Jakobson, 1975: 69).

Para el caso que venimos señalando, el primer tipo de traducción parece ser el más importante, pues a lo que apuntamos es a la acción de trasladar el saber académico a un espacio no académico. En ese movimiento, el lenguaje académico no debería mantenerse idéntico a sí mismo, pero no porque pensemos que la gente será incapaz de comprenderlo (aunque es posible que así sea en muchos casos, ya que la terminología académica a veces resulta incomprensible incluso dentro de su propio ámbito), sino porque el espacio público no es un espacio académico propiamente tal y, por tanto, el conjunto de destinatarios o de receptores es mucho más variopinto. Con todo, ello no implica que los otros dos tipos de traducción puntualizados por Jakobson no puedan producirse. De hecho, en el caso del estallido social chileno los casos más destacables pertenecen a estos dos tipos.

LA POÉTICA DEL ESPACIO PÚBLICO

*Mi defensa de la legitimidad estética del arte popular
y mi visión de la Ética como arte de vivir
aspiran a una reconcepción del arte
más expansiva y democrática*
Richard Shusterman

En el prólogo de *Rebelión en la granja*, de George Orwell (1945), el escritor y también periodista hace alcance a un verso del poeta John Milton, a uno de sus versos añejos, del siglo XVII, el cual dice: «Por las conocidas normas de la vieja libertad». No fue

difícil darse cuenta, para quienes transitamos a fines de 2019, por alguna ruinoso ciudad chilena, que la palabra *libertad*, junto con otras como *dignidad* y *justicia social*, poblaron, entre los escombros, las consignas y los rayados del octubre chileno, con una “agilidad y movilidad”, que las hacían parecer como palabras inventadas por el ingenio de un determinado pueblo, dispuesto a sobrevivir. Esto se compulsa con la intención de Orwell, puesto que este más bien remarca el término «viejo», señalado por Milton, siendo taxativo al momento de señalar la relevancia -sin parangón- que tiene la libertad para la cultura occidental. *Traduciendo* a Orwell, la libertad era libertad de expresión, de producción, y sobre todo a partir del 18-O, fueron cientos las acciones culturales o arengas políticas, de entrega de comunicados y de creación y resistencia colectiva que surgieron con mayor o menor planificación, preferentemente, en los sectores urbanos y periféricos de las grandes ciudades de este país. Parte importante de aquellas, fueron organizadas por grupos anarquistas y otras autoconvocadas, generadas por disidencias sexuales y por grupos feministas que se reunían para mantener informada y alerta a una comunidad determinada, por medio de manifestaciones musicales, performáticas y poéticas. Es imposible contabilizar y/o sistematizar el grado de producción artística y literaria surgidas en este contexto, puesto que junto con una producción libertaria, intensa y que se extendió por meses, muchos de aquellos textos y expresiones fueron borrados de su soporte original: los muros, los postes del alumbrado público, antes de ser fotografiados y archivados, como lo que suscitó *Archivuelta* (una vez más, la fotografía salva las arcas de un archivo). En este apartado queremos dar cuenta de algunas manifestaciones que fueron en la línea de lo que estamos proponiendo, respecto a la articulación entre academia y espacio público, especialmente en lo que tiene que ver con ese ejercicio de traducción del que hemos hablado anteriormente.

Sin duda alguna, el caso más elocuente lo constituye la performance *Un violador en tu camino* del colectivo LasTesis, el cual recoge otras lógicas de producción y difusión, siendo creado en Chile y replicado en diversas ciudades del mundo. *Un violador en tu camino*, según Magda Sepúlveda, “no es una performance aureática, al contrario, es una performance ‘reproducible’, que funciona como un rito, una experiencia que al irse repitiendo forma el colectivo del ‘nosotras’” (2021: 208). Sus partícipes son académicas, docentes y artistas, de un colectivo iniciado por Lea Cáceres, Daffne Valdés Vargas, Paula Cometa Stange y Sibila Sotomayor, quienes señalan:

Nuestro objetivo era y es difundir teoría feminista. Y ese deseo nace tras constatar la falta de acceso a estas ideas en los canales de la educación formal. Creímos y creemos fervientemente que el traslado de estas ideas a otros lenguajes, el poder acercarnos a ellas no sólo desde lo teórico, desde las palabras, sino que también a través de su interpretación y traducción a lo visual, textil, sonoro y corporal, contribuye a su

difusión de manera más amplia (LasTesis, 2021: 107).

Una lectura posible y en la que nos arriesgamos, es observar el fenómeno de LasTesis, primero, como una traducción interlingüística o reformulación, puesto que voluntariamente desean propiciar el tránsito del saber académico a un espacio no académico: la calle. La teoría feminista se hace cuerpo, materia y voz ante lo que ellas llaman “falta de acceso a estas ideas en los canales de educación formal”. No obstante, creemos que la potencia de su propuesta, que, entre otros factores, se transterritorializa gracias a la producción de signos que traducen un malestar, es que se trata de un malestar transversal, heterogéneo, contra la violencia patriarcal, por lo que reunirían los elementos de la traducción interlingüística señalada anteriormente, ya que las voces multiplicaron la lengua enunciativa. Y sin duda, también la performática lucha cumple los requisitos de la traducción intersemiótica, o transmutación, por la reelaboración de los signos, pasando de la palabra a los gestos, a la danza, a lo textil, a apropiarse del espacio público y, en medio de la ciudad ruinoso, significativamente transformar la realidad, como lo señala Nadya Tolokonnikova, integrante del grupo de punk-rock feminista Pussy Riot: “la performance del colectivo feminista chileno muestra hoy cómo el arte popular puede cambiar el mundo, no entretener” (citado en Hernández). Es más, la escritora Rita Segato reflexionó hace poco: “Cuando escuché por primera vez a LasTesis me deslumbró su capacidad de compactación. Pensé: ¡Yo me maté escribiendo no sé cuántos libros y ellas agarran todo eso y mirá lo que hacen con ideas tan complejas. ¡Es extraordinario! ¡Es mejor!” (citado en López, 2023).

El logos académico se reformula y permite la entrada contundente del cuerpo colectivo, en movimiento y sonoramente. El lugar de enunciación, en este caso, es determinante: el espacio público que junto con religar, recíprocamente, los idearios de la academia y la calle, confirma que la ciudad es el campo de la batalla que la comunidad ha elegido, como menciona Furio Jesi. Creemos que el impacto de LasTesis se ve potenciado por el lugar de enunciación que adoptan: la ciudad en ruinas, reformulada en términos sociales y estéticos, donde la danza y la voz de las académicas-performistas irrumpe en medio de las humaredas provenientes de las decenas de barricadas, de fogatas, de los escombros. El título *Un violador en tu camino* remite inmediatamente a la policía uniformada chilena, la cual utilizaba hace unos años el eslogan: “un amigo en tu camino”. Este lema es derribado, como la ciudad letrada pre estallido, y sus versos vociferan: “Son los pacos. Los jueces. El Estado. El presidente. El Estado opresor es un macho violador”. La temeridad es otro elemento que imanta esta propuesta, ya que el despliegue es siempre en la calle, en plena protesta, sin mayor protección que pañuelos verdes ante las balaceras y de los gases lacrimógenos. La performance se torna acontecimiento y releva el espacio público

como escenario para las reivindicaciones sociales históricas. Lo colectivo activa aquel poder creativo que, a la intemperie de las calles, arenga que la ciudad hable, insurrectamente, a varias voces, como señalaba Márquez, Colimil, Jara, Landeros y Martínez. La defensa de la performance, frente a la brutalidad de las Fuerzas Armadas, no surge sino de lo colectivo, de la comunidad volcada en la calle, en las plaza, donde la sublevación es alimentada por el malestar social y propicia la organización política contra todo poder instituido.

En los versos “El violador eras tú / El violador eres tú” se aprecia que LasTesis actúan con una conciencia de género e histórica transterritorial: lo delata el cambio en el tiempo verbal del *eras* al *eres*, lo que permite, entre otros aciertos, un impacto discursivo/corpóreo/sonoro intergeneracional, lo que a la postre incita a la participación activa de mujeres de distintas edades, ciudades e incluso territorios. Este mensaje refuerza su carácter de urgente al implementar un vendaje translúcido que, como estrategia performática, desea visibilizar y denunciar los traumas oculares, producidos a manos de carabineros contra las y los manifestantes del estallido, que se dieron en distintas ciudades de Chile. La parte final de la obra la podemos traducir como una catarsis, donde la letanía “Y la culpa no era mía, ni dónde andaba, ni cómo vestía”, derriba toda una tradición discursiva patriarcal, arraigada no solo en Chile, por cierto. Donde la violencia hacia la mujer se justificó hasta el hartazgo con argumentos absurdos, pero que se institucionalizaron y fueron elementos familiares en discursos políticos, incluso los pseudos progresistas. Esta parte final de la canción, vociferada y danzada frente a los monumentos y/o plazas emblemáticas del orbe, acaba haciendo de la ciudad ruinoso y derribado el lugar de encuentro genuino entre la calle y la academia, que da vida a una performance feminista de una potencia inusitada, un himno antisistémico que devela que la violación de parte de “un orden simbólico marcado por la desigualdad que se encuentra presente y organiza todas las otras escenas de la vida social regidas por la asimetría de una ley de estatus” (Segato, 2013: 24).

En síntesis, este encuentro moral entre la academia y la calle se da en una situación urgente, dentro de la ciudad ruinoso, persiguiendo un objetivo de impugnación y revolución ante la vigilia y castigo de un sistema, por medio de un arte arriesgado y comprometido. Quizás aquí tengamos una clave para pensar no solo en los vínculos sino que en las reciprocidades entre la academia y la calle: la traducción lingüística y semiótica, situada y profunda, que integra planos a veces renuentes desde la academia, como lo son lo afectivo y lo performático, lo que se desborda ‘racionalmente’. Y por cierto que lo afectivo puede vehicular una oneroso carga intelectual, la cual desde el cuerpo, los gestos, la voz, pueden tejer un intercambio y transmitirlo con una fuerza que, como dicen ellas mismas, “va a escapar de nuestro saber y control”. El antagonismo tanto de los espacios del saber como de la calle son

traducidos por medio de un acto de arte que no surge para entretener, sino que, junto con ser capaz de dar efectividad a la articulación entre academia y espacio público, transformó al mundo.

Un segundo caso que nos resulta importante de mencionar, y que se corresponde con la traducción interlingüística de Jakobson, es el trabajo realizado por el Colectivo Frank Ocean. El colectivo se conformó en marzo de 2018 con el objetivo de traducir poesía y explorar distintos procedimientos escriturales, labores que se proyectaron tempranamente en el contexto del estallido social. La primera acción que efectuaron fue colgar un lienzo en la entrada de la estación Baquedano del metro de Santiago en el que se denunciaba que “Aquí se tortura”, en alusión a las denuncias de violencia policial ejercidas en este lugar. Luego de ello comenzaron a traducir textos de autores preferentemente anglosajones que también denunciaban violencia policíaca en sus textos, lo que estaba motivado por los numerosos casos de mutilaciones oculares que ya se contabilizan para octubre y noviembre de 2019, y, por supuesto, igualmente por el número no menor de personas fallecidas producto de la acción represiva.

La serie de textos traducidos se tituló justamente *Poemas contra la policía*, los que, en una primera instancia, fueron pegados en formato de afiche en los alrededores de la Plaza de la Dignidad en Santiago y luego también circularon digitalmente en las redes sociales del colectivo. Lo que nos interesa subrayar acá no es solo la calidad de las traducciones mismas, sino especialmente el hecho de que éstas fueron ejecutadas en relación con el contexto de la revuelta: se empleó un léxico coloquial, se incluyeron consignas del estallido y también se incorporaron imágenes de la brutal represión policial, y en ocasiones también de figuras icónicas del conservadurismo chileno (Sebastián Piñera, Mario Kreutzberger) e incluso de la cultura pop (Britney Spears). Estos recursos facilitaron la lectura y la comprensión de los textos, y nos parece que son muestras claras de esa adecuación del saber académico al espacio público que hemos venido comentando acá³.

Un buen ejemplo de todo esto lo constituye la traducción del poema “Fuck the Police” de Jameson Fitzpatrick, el que indaga en los efectos negativos de mantener una relación sexual o amorosa con un policía. El título dado a la versión en español parece abandonar la ambigüedad del título original (ambigüedad que, por cierto, es interesantísima en esa versión) y asumir de entrada una crítica radical de la policía local: “Culiarse a un paco culiao”. Aunque, en realidad, más que abandonar la ambigüedad del original, la renueva o desea su incertidumbre, porque “culiao” se utiliza tanto como una ofensa así como para referir al acto de haber tenido sexo. La traducción es acompañada por una imagen en la que se muestra a un miembro de las

³ En este caso puntual, ese “saber académico” se refiere, más bien, a autores y textos de circulación reducida a nivel local.

fuerzas especiales de carabineros tironeando a un manifestante de su cuello, con lo que se refuerza el calificativo de “paco culiao” y también la enajenación que implica relacionarse amorosa o sexualmente con un policía (Colectivo Frank Ocean, 2021: 32-35).

Finalmente, deseamos comentar brevemente algunos ejemplos que, por así decirlo, van en la dirección complementaria a los expuestos hasta acá, pues se trata de casos en donde es la calle o el espacio público el que penetra en los circuitos o formatos más académicos. De partida, un fenómeno bien evidente fue la utilización de consignas, expresiones, acciones o significantes centrales del estallido para titular libros y ensayos. Los ejemplos son variados: *Evadir. La filosofía piensa la revuelta de octubre 2019*, compilado por Cristóbal Balbontín y Ricardo Salas; *Alienígenas. El estallido social en los muros*, de Darío Quiroga y Julio Pastén; *Hasta que valga la pena vivir*, de Constanza Michelson; *No lo vieron venir*, de Daniel Jadue; *Rabia dulce de furiosos corazones*, del Equipo de Investigaciones de Editorial Tempestades; *Saltar el torniquete*, de Sol Alé, Klaudio Duarte y Daniel Miranda; *Plaza Dignidad*, de Carmen Berenguer. Por supuesto que hay muchos ejemplos más, especialmente en materia de artículos, ensayos y columnas, pero los señalados bastan para hacerse una idea de cómo el lenguaje de la revuelta sirvió para pensar y conceptualizar lo que estaba aconteciendo en Chile durante 2019 y 2020. En esa línea, es destacable el concepto de “los que sobran” formulado por el sociólogo Manuel Canales, el que toma de la canción “El baile de los que sobran” de Los Prisioneros (uno de los himnos del estallido), pero no para referirse a aquellos jóvenes imposibilitados de acceder a la educación superior, sino a quienes, pese a tener estudios superiores, tienen grandes dificultades para acceder o prosperar en el mundo laboral.

Los últimos dos casos corresponden más bien a ejercicios literarios, pero que muestran con mucha claridad el impacto de ese “lenguaje de la revuelta” del que habló José del Valle, caracterizado por “su incontrolable multivocalidad” y por “su impronta radicalmente heteroglósica” (2020: 181). Se trata de los textos “La lengua alien” de Álvaro Bisama y de *El lenguaje es un arma de largo alcance*, elaborado por Flavio Dalmazzo, que tienen en común el hecho de estar confeccionados únicamente por consignas o rayados de la revuelta. Pierina Ferretti (en línea) dijo de este último libro que su valor está en la escucha, lo que en realidad aplica para ambos textos. Si bien en ambos casos hay un trabajo de montaje (Bisama organiza los rayados de forma alfabética, mientras que Dalmazzo los separa con puntos seguidos), prácticamente en ningún momento leemos las palabras de Bisama (solo en el título) o Dalmazzo (solo en el epígrafe final), sino que casi exclusivamente las palabras anónimas de la multitud revoltosa. Es en este gesto en el que se plasma la escucha, pues la figura del yo autorial es desplazada por un sujeto colectivo, lo que da cuenta no de la pobreza creativa de estos “recolectores” sino de la riqueza del pueblo

movilizado, de “la inteligencia colectiva que se expresó en la revuelta de octubre” (Ferretti), y, por supuesto, también de la capacidad del espacio público para permear escrituras o formatos en los que no siempre ha logrado un impacto tan visible.

Así, podríamos identificar en ambos casos un ejercicio de “desapropiación” según la definición que Mónica Ramón Ríos da a este término, entendiendo por ello una combinación de voces y escrituras plurales y anónimas (Ramón Ríos, 2020: 377-78). Sí se podría evidenciar una diferencia en lo que respecta a la circulación de los textos: la compilación de Dalmazzo fue publicada en una editorial independiente chilena (Libros del Pez Espiral), mientras que el escrito de Bisama fue publicado en un medio digital argentino de corriente principal (Página 12), lo que efectivamente lo podría acercar al mercado global y neoliberal. Sin embargo, también hay que considerar que la publicación en un medio extranjero daba la posibilidad de visibilizar en un radio más amplio las demandas de la revuelta chilena; de hecho, el texto fue publicado tempranamente, el 10 de noviembre de 2019, a solo tres semanas de iniciado el estallido social. Por lo demás, su título, “La lengua alien”, que retoma el calificativo de “alienígena” dado por Cecilia Morel, esposa del expresidente Sebastián Piñera, para referirse a la movilización social, evidencia el interés por mostrar el lenguaje en que se expresaba ese mismo pueblo movilizado.

CONCLUSIONES

Cuando iniciamos esta reflexión lo hicimos con interrogantes que problematizaban si la academia estaba interesada en la cultura popular, en los tejidos sociales, en la revuelta de octubre, por ejemplo. Las preguntas no eran retóricas e interpelaban, directamente, el quehacer académico, desde sus metodologías hasta sus aspiraciones sociales. Sin embargo, en donde deseábamos realmente poner nuestra atención no era en los puntos ciegos de la universidad y su producción, sino en los encuentros entre la academia y los colectivos, las y los poetas populares y ciudadanos de a pie, cuya actividad y capacidad de historicidad (Touraine, 1987), de ágilmente poner manos a sus obras en un contexto político problemático, las y los ha consolidado en agentes sociales, ya no solo al *servicio* de la cultura, sino al fortalecimiento de las comunidades en resistencia. Y muchas veces desde el anonimato. Y muchas veces sin mayor objetivo que crear/destruir una ciudad a base de transformarla en una suerte de hipertexto, de ilimitada posibilidad de intervención y reinención.

En aquella meditación, observamos acciones y gestos que permitían reconocer la reciprocidad, como los que hace poco mencionamos y describimos acá. No obstante, la capacidad de traducir (no solo un discurso, sino que sus signos, formas y afectos) y de barruntar el momento histórico del colectivo LasTesis, visibiliza al mejor ejemplo que podemos encontrar en términos de vínculos entre la academia y la calle.

Su lucidez y potencia no solo releva el tejido social del estallido, que se apropia de los espacios públicos, sino que su despliegue en las ciudades ruinosas de Chile, se extiende por los espacios públicos de la metrópolis del mundo. Y ante el cuestionamiento de cómo la academia podría reconectarse con la *cultura popular*, esposarse con la humanidad, con las “vidas de los hombres y mujeres de la multitud” (como escribía Berman, respecto a la poesía de Baudelaire), la acción, voz y cuerpo de LasTesis nos responden que es absolutamente posible; que, al menos, durante un emblemático período de Chile la academia estuvo fusionada con la calle, con el arte y el sentir popular. Ahora, el desafío es pensar en más acciones que no necesiten de un estallido ni una pre revolución para que este encuentro moral se dé nuevamente, y por qué no, también en una ciudad ruinosa como contexto histórico, alimentando una resistencia o disidencia, haciendo, por qué no, del arte el vehículo transmisor y catalizador de vinculaciones entre la ciudad letrada y las voces que porfían en desarticularla para hacerse escuchar.

Ahora bien, la motivación principal para proponer una articulación entre academia y sociedad en el sentido que estamos pensando surge fundamentalmente de una paradoja en la que se ven envueltas las humanidades, y de la que no salen bien paradas. En la actualidad, el pensamiento humanista está proponiendo una apertura cada vez mayor en vistas de construir un mundo más justo, más igualitario, más libre, tanto así que el mismo mote de humanismo se queda corto: hoy se advierte cierto consenso, al menos en parte de la academia, respecto a la reciprocidad entre lo humano y lo no humano, y a la importancia, por ende, de cuidar y favorecer esos vínculos. La paradoja es que, pese a esta apertura que aspira a una vida más vivible para todos y todas, humanos y no humanos, los discursos que calan más hondo en el sentido común no son éstos, sino aquellos que pretenden todo lo contrario: relativizar, disminuir o, derechamente, suprimir derechos; desconocer los problemas climáticos y consensos científicos de larga data; reflatar nacionalismos extremos; reavivar el anticomunismo, entre otras cosas. Entonces la cuestión es qué hacer ante esto, qué podemos hacer para contrarrestar la efectividad de estos discursos neofascistas, sabiendo que no tenemos el capital económico ni el control mediático, pero, sobre todo, sabiendo o estimando que lo que pensamos, escribimos o decimos es importante para el sostenimiento de una vida en común. Esta es la reflexión de fondo que hemos intentado plantear acá y para la cual hemos hecho una propuesta muy inicial, que debe seguir nutriéndose de fenómenos y discusiones que ya se han dado (sobre el compromiso intelectual o sobre el desplazamiento de las humanidades por el neoliberalismo), y que también debe seguir desarrollándose en pos, esperamos, de promover iniciativas ya existentes o de construir colectivamente otras nuevas. Para ello ya contamos con ejemplos interesantes, como los que hemos examinado

acá, que dan cuenta de cómo la letra es capaz de hacer cosas y de poner en ejercicio ese mismo mundo que demanda.

BIBLIOGRAFÍA

- Acero, Nivaldo (2019). “La revolución alienígena”. *Cronos*: IV-V.
- Acero, Nivaldo y Cáceres, Jorge (eds.) (2022). *Letra revuelta. Literatura, imagen y espacio público en el estallido social*. Valparaíso: Narrativa Punto Aparte.
- Amaro, Lorena (2019). “No, patrón”. *Palabra pública*: <https://palabrapublica.uchile.cl/no-patron/>.
- Berman, Marshall (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI editores.
- Bisama, Álvaro (2019). “La lengua alien”. *Página 12*: <https://www.pagina12.com.ar/229569-la-lengua-alien>
- Bishop, Claire (2004). “Antagonismo y estética relacional”. *Desarquivo*: https://desarquivo.org/sites/default/files/bishop_claire_antagonismo.pdf
- Borja, Jordi (2014). “Prólogo”. María Dolors García Ramón, Anna Ortiz Guitart y María Prats Ferret (eds.). *Espacios públicos, género y diversidad. Geografías para unas ciudades inclusivas*. Barcelona: Icaria: 5-20.
- Butler, Judith (2019). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Trad. María José Viejo Pérez. Buenos Aires: Paidós.
- Canales, Manuel; Orellana, Víctor; Guajardo, Fabián y Hernández, Cristina (2021). “La (revuelta de los que sobran: fulgor y crisis del neoliberalismo chileno”. Alé, Sol, Duarte, Klaudio y Miranda, Daniel (eds). *Saltar el torniquete. Reflexiones desde las juventudes de octubre*. Santiago: Fondo de Cultura Económica: 17-25.
- Colectivo Frank Ocean (2021). *Poemas contra la policía*. Vol. I. https://drive.google.com/drive/u/o/folders/1c6AP4AO3765RKQMWM7ls4K9sWBgrMI1V?fbclid=IwAR3yDq6JpGHBVkcGEEzZMXENKfzUI7yepRPU_jzFR4Yoexku-gXG88W_Emk.
- Del Valle, José (2020). “Chile lenguajea. Paisaje glotopolítico del estallido”. *Anuario de Glotopolítica* 3: 175-182 (<https://glotopolitica.com/indiceaglo3/chile-lenguajea-paisaje-glotopolitico-del-estallido/>).
- El lenguaje es un arma de largo alcance* (2020). Recolección de Flavio Dalmazzo. Santiago: Libros del Pez Espiral.
- Espinosa, Patricia (2019). “Ningún arte, menos la literatura, va a ser el mismo después de este estallido”. *La Tercera*: <https://www.latercera.com/tendencias/noticia/patricia-espinosa-ningun-arte-menos-la-literatura/892622/#>.
- Espinosa, Patricia (2020). “La narrativa chilena y el riesgo de la insignificancia”. *Aisthesis* 68: 301-314 (<https://www.scielo.cl/pdf/aisthesis/n68/0718-7181-aisthesis-68-0301.pdf>).
- Ferretti, Pierina (2021). “Dislocar(nos) (con) la lengua”. *La palabra quebrada*: http://lapalabraquebrada.cl/dislocarnos-con-la-lengua/?fbclid=IwARoX2ojGhDq4WRf6Rgw_U9kqRM9oAHqqZTtlfijwaaXegZ-hdQZt4wxrw9s.

- Gumucio, Rafael (2019). “Los libros del estallido”. *Babelia*: https://elpais.com/cultura/2019/11/21/babelia/1574356790_614643.html.
- Hall, Stuart (2019). “Raza: el significativo resbaladizo”. *El triángulo funesto. Raza, etnia, nación*. Trad. Elena Fernández-Renau Chozas. Madrid: Traficantes de Sueños: 45-78.
- Harvey, David (2021). “El espacio como palabra clave”. *Espacios del capitalismo global. Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Trad. Juanmari Madariaga. Madrid: Akal: 139-174.
- Hernández, Brenda (2020). “¡El violador eres tú! El colectivo Las Tesis a un año de su famoso performance feminista”. *Milenio*: <https://www.milenio.com/cultura/colectivo-tesis-ano-famoso-performance-feminista>
- Hidalgo, Daniel (2019). “Las revueltas de la literatura chilena”. *Fundación La Fuente*: <https://www.fundacionlafuente.cl/columnas/las-revueltas-de-la-literatura-chilena/>.
- Ibáñez, Juan Ínigo. “El malestar de Chile en sus voces literarias”. *Semana*: <https://www.semana.com/libros/articulo/el-malestar-de-chile-en-sus-voces-literarias/78960/>.
- Jakobson, Roman (1975). “En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción”. *Ensayos de lingüística general*. Trad. Josep. M. Pujol y Jem Cabanes. Barcelona: Seix Barral: 67-78.
- Jesi, Furio (2014). *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Trad. María Teresa D’Meza. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- LasTesis (2021). *Quemar el miedo. Un manifiesto*. Santiago de Chile: Planeta.
- “LasTesis y su performance feminista: ‘Va a escapar de nuestro saber y control’” (2019). *rfi*: <https://www.rfi.fr/es/20191211-lastesis-y-su-performance-feminista-va-escapar-de-nuestro-saber-y-control>.
- López, Carmen G. (2023). “Transformar la sensibilidad es cambiar la historia”. *Anfibia*: <https://www.revistaanfibia.cl/transformar-la-sensibilidad-es-cambiar-la-historia/>.
- Márquez, Francisca; Colimil, Marcelo; Jara, Daniela; Landeros, Víctor y Lycan, Catalina (2020). “Paisaje de la protesta en Plaza Dignidad de Santiago, Chile”. *Revista Chilena de Antropología* 42: 112-145 (<https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/60487/63924>).
- Márquez, Francisca; Roca, Andrea y Bustamante, Javiera (2023). “Por una antropología del paisaje de la protesta: ruina, iconoclasia y antropofagia en Plaza Dignidad”. *Mana. Estudios de Antropología Social* 29 (1): 1-35 (<https://www.scielo.br/j/mana/a/8wH3pGyfjBz5PY6xDYy3spsc/?format=pdf&lang=es>).
- Mitchell, Don (2003). *The Right to the City. Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: The Guilford Press.
- Olea, Raquel (2020). “Literatura y crisis: escribir la dignidad”. *Aisthesis* 68: 331-348 (<https://www.scielo.cl/pdf/aisthesis/n68/0718-7181-aisthesis-68-0331.pdf>).
- Quezada Vázquez, Ivette y Alvarado Lincopi, Claudio (2020). “Repertorios anticoloniales en Plaza Dignidad: desmonumentalización y resignificación del espacio urbano en la Revuelta. Santiago de Chile, 2019”. *Aletheia*, 10 (20) (<https://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/ALEeo49/12831>).
- Ramón Ríos, Mónica (2020). “Los nombres del futuro, una propuesta”. *Aisthesis* 68: 367-381 (<https://www.scielo.cl/pdf/aisthesis/n68/0718-7181-aisthesis-68-0367.pdf>).
- Reguillo, Rossana (2017). *Paisajes insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*.

- Barcelona: Ned Ediciones.
- Segato, Rita (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres de la ciudad de Juárez. Territorio. Soberanía y crímenes de segundo Estado*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Sepúlveda Eriz, Magda (2021). “Colectivo LasTesis. Performance y feminismo en el Chile de la protesta social del 2019”. *Revista Letral* 27: 193-213 (<https://revistaseug.ugr.es/index.php/letral/article/view/20975/20879>).
- Tello, Andrés Maximiliano (2019). ““Otro fin de mundo es posible”. Revuelta y anarquismo”. *Re-presentaciones* 12: 77-91 (<https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/representaciones/article/view/4320/26003385>).
- Touraine, Alain (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Williams, Raymond (2009). *Marxismo y literatura*. Trad. Guillermo David. Buenos Aires: Las Cuarenta.